

Antología de Jorge Giovanni Brindis Rojas

Presentado por

Poemas del Alma 



Índice

La duda

No importa el precio

Un otoño sin muerte

Un hombre desterrado

La maldición de la rosa

Un árbol vagabundo

El cobijo de su espejo

El Hombre triste

El miedo del reflejo

El recuerdo

Las condiciones del adiós

"Entre Horizontes y Destinos"

Un eco vacío

La razón de su altura

La casa en la niebla

La duda

No mirare al pasado por que no quiero encontrarte,
Ni al futuro porque sé que estas allí,
En el presente yo solo puedo ignorarte,
Por el miedo que me causa tú existir.

Cuando te veo no hay sensación en mi cuerpo
Solo un impulso por seguir tu senda helada
Si esta me guiase al abismo o a mi muerte
Ni un paso yo daría yo daría de regreso.

¿Que eres tú que el mundo cambias cuando hablas?
Seguro no más que un mal sueño que ha escapado
Pero por mas que yo mire en tus adentros
Solo encuentro alguien frío igual a mí.

¿Por huyo que si solo quiero seguirte?
Debe ser por lo que quieres reflejar
Te apropias de todos los pensamientos
Y ocultas lo que eres en realidad.

No importa el precio

Saltar a la luna, obsequiarte el cielo
vaciarte un mar por tu desprecio.
Apagar el sol y alargar tus noches
vencer a la muerte y por tus reproches.

Capture un sueño y libere un alma
moví a la tierra y sigues en calma.
Encontré el grial, forje la dulzura
Reconstruí Troya y tú en tu armadura.

Destruí la maldad y supere la utopía
frene un tornado y sigues impía.
Desgarre el oricalco y hallé la pureza
salí del limbo en una pieza.

Renunciaría al cielo para encontrar tu perdón, aguantaría un milenio de humillación.
Una mirada dulce es lo que anhelo y solo esa mueca es lo que obtengo.
No puedo culparte, es lo que merezco por tener el descaro de no ser sincero.

Un otoño sin muerte

Cómo puedo yo existir si el mundo ignora mi nombre,
Cómo puede ser de día si este sol ya no calienta
Cómo sentirme acompañado a un lado de esta gente tan sola
Como puedes decir que existo cuando ni siquiera existes tu.

¿Donde encontrar el final de este camino?
No tengo pies y ni siquiera estoy tibio
¿Quien se a robado mi anhelada primavera?
Solo hay inviernos desde que no existo mas.

Cuando existí, el mundo existió conmigo
No había ocasos, solo había amaneceres
En el invierno nunca conocí el frío
Y en otoño nadie tenia que morir.

¿Quien fue el desalmado que se robo mis alegrías?
No las tendré de vuelta, solo llevaté mi vida
No vale nada, solo hazme ese favor
Yo ya no existo, solo dejamé morir.

Un hombre desterrado

Los hombres que sin alma deambulamos,
no podemos nuestro cuerpo descansar.
Sin saber el destino, ni sus nombres
sentenciados estamos a navegar.

No hay desgracia para un hombre desterrado,
pues la muerte le ha alcanzado en el lugar.
La soledad superpone cada paso
y el sujeto ya no existe en realidad.

El destino es imposible a nuestra mano
y la meta es absurda, no hay lugar.
Con los sueños rotos a nuestro costado
y la ambición del camino retornar.

La maldición de la rosa

La rosa en el desierto no puede su destino cambiar
Pues si lo intenta, si lo logra
La esperanza que hoy existe no tendría ya un lugar
Su misión es ser hermosa y siempre debe perdurar.

Qué triste es la perfecta vida, que dura es la vida de siempre
Mantener el anhelo de muchos sostenido por una pendiente
Si se ausenta ¿Qué esperanza queda? Si se queda ¿Con qué esperanza vive?
Que desdicha nacer siendo todos y morir siendo el esclavo.

La belleza una maldición, el tiempo una sentencia
La rosa al tiempo muere y la vida un amigo ingrato, que premia con el olvido
Oh, bella rosa que en el amanecer resplandeces, cuál fue tu pecado que hoy pagas con creces
Destino ineludible, peligroso pasado, dime que es lo que esperas y yo lo seguiré buscando.

Un árbol vagabundo

Un árbol vagabundo se mueve sin descansar, convencido que su sol siempre allí estará
Observa la luna imponente emerger, convencido que a ella jamás la ha de tener
En su camino nunca solo esta, las estrellas le siguen brillando a su compás
Mas la tierra en la que vive no lo quiere más.

A la luna un día intentó alcanzar, pasando los años sin nada lograr
Corriendo y saltando las estrellas perdió, pues sin darse cuenta con sus raíces las aplasto
Ellas sensatas cesaron su pregonar, pues con su brillo y su cantar un árbol nunca las iba a notar
Volvieron al cielo y no dijeron más.

La luna escurridiza, vanidosa y perversa, contempla el escenario con gran sutileza
Aborrece ese árbol y le teme al sol, sin embargo ella pregunta ¡¿Quién podría brillar como yo?!
El árbol cegado, ignorante y tunante, responde "no hay nadie..." responde "no hay nadie..."
La luna se ríe y nunca más su mirada voltea.

El sol solo escucha y en silencio lamenta, se extingue su llama y ya no calienta
La luna se apaga y la tierra se congela, un futuro merecido del que su realidad no comprenda
Sus hojas se secan y sus raíces se quiebran, dejando entre dicho "que vida, que pena"

El cobijo de su espejo

Al mirarse en el espejo puede encontrarse en paz, pues en el cobijo de su reflejo reproches no encontrara. No se entera que el reflejo también atrapado esta y si se aferra a ese engaño nunca completo estará.

La carga de su falta ya no puede ocultar, pues aun teniendo todo sigue sin saber que buscar y aun al saberlo prefiere no arriesgar, pues al hacerlo lo que hoy tiene podría peligrar. La seguridad de su escondrijo comprometida esta, aunque escondido este se encuentre todos conocen su lugar.

La familia es un refugio que se debe abandonar, eso nunca fue un misterio ¿Quién lo debería contar? Aunque lo sabe, eso se niega porque protegido esta y un ave de un ala lejos no podrá llegar. Eso se dice y se repite aunque lo debería comprobar.

El Hombre triste

Tienes corazón de hierro
Persona sin sentimiento
El llanto esta prohibido
En tu reino sin lamentos.

Si una lagrima corriera
Por tu rostro frío y tenso
No querrías ya tu vida
Por faltar al mandamiento.

No debes mostrar al mundo
Ni un débil sentimiento
Es seguro que te acechan
Y aprovechan el momento.

Si tiemblan, si dudan, si lloran
Todo será un lamento
Eso piensan, eso sueñan
No serán hombres completos.

Y así pasa sus días
El hombre triste, el hombre necio
Caminando por la vida
Sin cambiar un solo gesto.

Y así pasa sus años
El hombre triste, el hombre necio
Evitando las sonrisas
Y guardando los lamentos.

Pobre hombre triste
Triste hombre necio
Que nunca podrá saber

Si esta vivo o si esta muerto.

El miedo del reflejo

Odio al hombre que me mira como si me entendiese, finge que me sigue y finjo yo aceptarle. El verle es como un baile donde si no sonrío no encajo y donde si no me muevo no hay nadie, siempre me habla con mis palabras y me recuerda lo que le iba yo a contar, no me entiende yo lo noto pero parece entenderse al verme y eso le basta.

Mi tristeza le sigue en sus desvelos, aunque mis palabras no basten porque se parecen a las tuyas. Siempre cree que estoy distraído y aunque furtivo nunca ha logrado verme sin que le mire y aunque lo mire él no mira, pues mis ojos no le dicen nada.

El me piensa su amigo y sin embargo soy un extraño, solo estoy cuando me busca y digo cuando algo me dice. Aborrezco su banal pensamiento y su apego a su pasado desecho, no deja ir su futuro incierto pues parece creer que maneja su presente.

Se niega a aceptar que el mundo le ignora y que es solo su sombra la que le persigue. Los demás le ven y lo que en el proyectan no es ni siquiera aquel que le acosa, pues su piel reflectante les muestra despacio lo que buscan creer que necesita un gran líder.

Odio todavía más al hombre que me entiende, pues me aterra creer que su senda insensata se parezca a la mía, que pueda alguien ver a través de la muralla que pinto día con día.

El recuerdo

Vistoso el bullicio de un ayer que en reposo está, íntegro y altivo hacia el soñador que lo busca y siempre lo encuentra. En ocasiones perverso se camufla en olvidos, en pensamientos ajenos y en percepciones vanas, se aprovecha de los que corren y también de los que no suelen mirar, pero aunque él mire a todos solo le interesa contemplarlos pasar.

La sátira encarnada de su función continua, disfraces y bailes para el que recordar no puede, sin vacilar se mueve al compás de la mente de la mente nublada que aun cree en su cantar. Aunque que te cuente y describa su sucio canto, aunque lo presencias tomada hoy de mí mano, no tardarías en pronto notar que su melodía se encuentra vacía y que nunca fui capaz de escuchar lo que por tus oídos él decía.

Las condiciones del adiós

Hoy que la luz de mi alma se ha fugado he empezado a comprender un par de cosas, la primera es que aún te extraño tanto y la segunda que no habrá ninguna historia.

Te deje atrás aunque te amaba con el alma por no poder contener mis desengaños, cuando al hablar de las cosas que adoraba no conseguías entender lo más escaso.

Tu opinión sonaba como la mía, un sí sesgado acompañaba mis ideas y aunque disfrutaba de tu dulce compañía no soportaba que ni tú te conocieras.

Yo me escape sin dar explicaciones, un ser cobarde parecería un gran valiente, y aunque he conseguido ahuyentar mis emociones me veo obligado a declarar las condiciones.

"Entre Horizontes y Destinos"

Quítame estos ojos que ya no quiero observar, los seres somos diáfanos y hay mucho que ocultar. La vida siempre corta e idealiza la nobleza, la muerte recta y diestra no permite ni una afrenta. Aunque se pongan diez en fila uno observa lo que anidan, aunque muestren lo que esconden no se indulta que no encaja.

El lejano horizonte no es futuro si se sabe, el futuro no es misterio si familiar se presenta. El rumbo se idealiza perfecto para los que ciegos deambulan, más de conocerlo quien ha de andarlo si el destino ya es cierto.

Solitario el horizonte del caminante furtivo, que visualiza cada paso y su realidad él sostiene. Dichoso el que con sus pies avanza sabiendo bien la trayectoria, bailando por los senderos y tambaleándose al andar luciendo un paso torpe para los que no saben mirar. ¿Pues estando él a su lado que tan lejos llegara?

Destino fugaz para el soñador valiente, que se arriesga sabiendo que no habrá por venir. Perpetuo el recuerdo de los huesos torcidos de caídas sabidas, de barrancos visibles y de percepciones vanas.

Implacable el final para los que ciegos deambulan, dichosos de sus zanjias y de visitas fugases de ciegos que alagan destinos inciertos y horizontes lejanos que nunca verán.

Un eco vacío

Caminando a paso ligero se aleja una sombra distante,
Con la gracia de un caballero se oye su paso aplastante.
Su armadura brilla imponente, cada paso, firme y constante,
Blandiendo el peso de un destino que nunca fue vacilante.

Era un rey entre hombres marchitos, en su porte, en su semblante,
Pero descendió al abismo por compasión desbordante,
Una dama sin luz ni brillo, de alma rota y errante,
Que dejó escapar la grandeza por un eco insignificante.

Sus ojos, profundos como la noche, ocultaban su quebrante,
Mas su furia silenciosa era más dura que el diamante.
¿Qué valor tiene la nobleza, si el desdén es lo que se implante?
¿Qué importa la majestuosidad, si el desprecio es dominante?

Se aleja, majestuoso, entre sombras, en su juicio aplastante,
Dejando atrás la sombra de un error, como un peso agobiante.
Que ella se quede con su vacío, en su andar errante,
Él seguirá su camino, con dignidad de gigante.

La razón de su altura

Construida en la vigilia majestuosa se eleva,
resistente y formidable con bloques sin asperezas.
Con broches y remaches se sujetan los tendones
de la torre deslumbrante, coloso de mil razones.
Sus muros besan el cielo con el brillo de su piedra,
inexpugnable en su altura, orgullosa, noble, entera.
Los vientos que la rodean susurran su grandeza,
las sombras la reverencian, la luz la embellece.
Pero nadie ve la entraña que yace bajo su peso,
nadie inquiera en sus cimientos, nadie advierte su secreto.
Pues no es mármol lo que funda su implacable geometría,
ni es granito lo que anuda su estatura con la brisa.
Son pilares de ceniza los que en alto la sostienen,
humo denso hecho columna, ruinas antes de caer.
No es el tiempo quien la azota, no es el viento quien la hiere,
es su médula invisible, es su esencia lo que muere.
Y aunque firme se mantenga, aunque el aire no la mueva,
no hay verdad en su estructura, ni hay razón en su grandeza.
¿Qué sentido tiene erguirse con la sombra por cimiento?
¿Qué propósito la altura si en la entraña solo hay viento?
Majestuosa en su estampa, colosal en su reflejo,
pero hueca, inmaterial, en su médula no hay fuego.

La casa en la niebla

Construí con manos limpias una casa entre la niebla,
con vigas hechas de intentos, con clavos de lo que queda.
Cada muro fue palabra que se ofreció sin medida,
cada puerta, la promesa de quedarte en esta vida.

Tú llegaste con los planos dibujados en el aire,
con la voz llena de estancias, pero el cuerpo sin detalles.
Recorrías los pasillos, contemplando sin tocar,
como quien ama un refugio pero teme el habitar.

Yo puse techo a la lluvia, abrí ventanas al día,
tú ponías nombres bellos a lo que no construías.
Y la casa fue creciendo, con cimientos en mi espalda,
mientras tú pintabas sueños en la orilla de la calma.

Nunca trajiste los muebles, ni colgaste una cortina,
pero hablabas del futuro como si fuera rutina.
Y yo, ciego de esperanza, hacía espacio a tu lugar,
como si algún día el alma se animara a regresar.

Hasta que un día entendí: esta casa está en espera.
No por falta de paredes, sino por tu duda eterna.
Y me fui dejando adentro todo aquello que entregué,
porque quien teme habitarla, no merece lo que fue.